

CHILINDRÓN Y LOS GOLES DE PAJARITA

Ayer enviaron un correo electrónico desde Alcalá preguntando qué es un gol de pajarita. Hace poco me enteré de la existencia de esa clase de goles, bastante rara, la verdad. Dudo que eso interese a cualquiera que no le guste muchísimo el fútbol. Pero es que hoy han vuelto han vuelto a mandar otro correo desde Carmona, de la Peña madridista Amancio. Y otro de El Tardón, del colegio público Maestro Arrieta. Y los alumnos de segundo de ESO del García Lorca dicen que eso “es una chorrada” (sic) y que los goles de pajarita jamás los ha visto ni marcado nadie, sencillamente porque no existen. Vamos, que “son un cuento chino” (sic). Los alumnos de ese instituto escriben también otras cosas que mejor no reproduzco. Seguramente escriben así de enfadados porque están en la edad del pavo y ya se sabe que esos años son el Far West de las hormonas.

Chilindrón ha abierto unos ojos como platos y se ha limitado a decir: “Pues yo he marcado varios.” Y me ha contado cómo fue la primera ocasión en que él vio marcar un gol de pajarita. El campo de deportes de su colegio lo eligieron para celebrar la liguilla provincial de la Categoría de Alevines. Los partidos se vienen jugando los sábados por la mañana, y acuden niños de otros colegios, acompañados por su profesor de Educación Física. El de Chilindrón se llama don Eduardo González de la Muela, y no me dejará mentir. Si yo le dijera el nombre y los apellidos de su entrenador, Chilindrón se quedaría asombrado, porque todo el mundo lo conoce por el sobrenombre de *Míster Proper, ahora don Limpio*. Es un tipo alto y fornido, sonriente y completamente calvo. Hay que reconocer que se parece mucho al Mr. Proper del anuncio de televisión.

Esos partidos tienen incluso un árbitro que envía el Colegio Andaluz de Árbitros y se admite público para animar los partidos. Son, generalmente, familiares y amigos de los deportistas. Un sábado de octubre el equipo de Chilindrón tuvo que enfrentarse al de

los
estaba
ambos iban
para pasar a
promoción.
público de lo
más listo de
lateral



Salesianos. La cosa
reñida, porque
empatados a puntos
la ronda de
Había ese día más
normal. Ortega, el
la clase, juega de
derecho, y se tuvo

que llevar a su hermana pequeña, la famosa Bichito del pantano. Famosa por su amor apasionado por el agua y sus crisis de llanto irrefrenable. A Bichito hubo que ponerle un poncho de plástico transparente, para que no se mojara al beber agua de su enorme cantimplora. Porque la hermana de Ortega siempre lleva una cantimplora a mano por si la fuente está cerrada y hay una urgencia. Estaba de pie al lado de su

madre, y durante todo el partido no dejaron de animar con un pañuelito azul que cada una movía de un modo muy vistoso, como si hiciesen una ola. Hacía una mañana de sol y la cosa pintaba bien porque Salesianos perdía 1 a 0, faltaban pocos minutos para el final y el equipo podía pasar a la fase de promoción. Bichito movía su banderola y bebía agua y más agua, agua y más agua. Su poncho de plástico estaba ya completamente mojado. Agua y más agua de la cantimplora a su boca, de la cantimplora a la fuente, de la fuente a la cantimplora. Agua y más agua para el Bichito. Entonces llegó el gol del empate. Fue un descuido de los defensas. El delantero rival era un tipo menudo y velocísimo, difícil de marcar. Recibió una pelota dentro del área, hizo un driblin hacia la derecha y sorteó a un central. Luego se encaminó hacia la izquierda buscando la portería y volvió a driblar al otro defensor. Libre de marca se encaminó otra vez a la derecha, hacia el punto de penalti y chutó a gol. El caso es que ese delantero trazó en sus movimientos, dentro del área, la figura de una pajarita. Por eso ese gol se llama así. El público visitante aplaudía a rabiar gritando: “Gol, gol...” “...De pajarita...De pajarita...”, añadían los entendidos en fútbol

Bichito era una niña muy sentida. Y vio las caras tristes de su hermano y Chilindrón. De pronto Una nube negra tapó el sol de repente. Y además esos desconocidos no paraban de gritar. Entonces Bichito se echó a llorar. Las lágrimas chorreaban hasta el poncho de plástico y de ahí goteaban al suelo. Era un llanto inconsolable. La madre le dio un beso y la secó con su pañuelito azul, pero eran tantas las lágrimas...A los pies de la nena se fue formando un charco, que crecía y crecía hasta llegar al terreno de juego. El charco era cada vez mayor y se internaba cada vez más por la pista.

Ya era la hora de acabar el encuentro y el árbitro se disponía a pitar el final. Entonces pisó el charco, resbaló y cayó. Mientras el árbitro estaba en el suelo, empapado del todo, pitó el final. Pero es que un equipo –ya nadie sabía cuál- marcó otro gol. Y el árbitro lo tuvo que anular porque, desde el suelo, él no veía nada y además había pitado el final. Pero nadie lo oyó, porque con el resbalón no apretó fuerte los labios.

Y en el público se alzaron voces. “Gol fantasma, Gol fantasma...”, gritaban unos. “Gol de pajarita...De pajarita... ¡GOOOOL!”, gritaban otros. El partido acabó en empate, con el público enfadado y el árbitro empapado. Y Bichito que no paraba de llorar y llorar. De los nubarrones negros se alzó un trueno y se puso a jarrear. La gente corría a refugiarse en los soportales del patio de la escuela. Aquello acabó mal, muy mal, como el rosario de la aurora. Pues bien, todavía hay quien dice que no existen los goles de pajarita.